

# DESCORAZONADOS

Seudónimo: Ardis Ladoga

Al principio, los análisis no revelaron nada anormal. El embarazo había tenido lugar en las fechas previstas por la Intendencia de Planificación Familiar, me suministraban la medicación imprescindible para prevenir riesgos y asistía con regularidad a los cursillos de adiestramiento sobre maternidad responsable. Todo marchaba bien. El bebé se desarrollaba en mi interior, y yo me preparaba para asumir las obligaciones propias de mi próxima condición de madre. Al acabar el tercer mes de embarazo me citaron para la primera ecografía. En la pantalla del monitor, un fulgor difuso y esquivo se recortaba contra el firmamento oscuro de mi cuerpo. *Aquello* iba camino de convertirse en mi hijo. Lo miré sin saber qué pensar, acaso con un punto de inquietud, pues de mí dependía que todo el proceso de gestación se realizara adecuadamente; al fin y al cabo, en eso consiste la principal de las funciones sociales asignadas a la mujer, como me habían enseñado ya desde los tempranos años de Preparación Ciudadana. Estoy segura de que, en ese momento, al mirar por primera vez aquella nebulosa errática en la pantalla, me limité a parpadear y a escuchar con atención lo que tuviera que decirme el doctor. No experimenté ninguno de los síntomas que ahora me resultan tan familiares. Eso vino después.

El médico deslizaba la sonda exploratoria sobre mi vientre y miraba atentamente el monitor. Fruncía el ceño, lo cual me intranquilizó. Se acercó al aparato entornando mucho los ojos, como si no estuviera seguro de lo que veía. Ordenó repetir los análisis y me dijo que no me preocupara, que tan sólo quería estar seguro de algunos resultados. Pasadas dos semanas, acudí a su consulta, esta vez acompañada de mi marido. Nos recibió con amabilidad, pero sentí su mano floja cuando estrechó la mía, y me di cuenta de que evitaba mi mirada. Algo no iba bien, anunció sin demasiados preámbulos. El niño, nos explicó, presentaba una grave malformación genética.

—Nacerá con corazón —dijo.

—¿Cómo con corazón?

Había oído hablar de aquello. Sabía que hubo un tiempo remoto, acaso mítico, en que los seres humanos nacían dotados de un órgano encargado de bombear la sangre a través del cuerpo. Pero creía que habíamos superado por completo ese estadio de evolución, ignoraba que aún pudieran nacer niños con un corazón en sus entrañas.

—Es insólito, pero posible —explicó el médico—. Se trata de una especie de regresión genética.

El doctor no supo aclarar bajo qué circunstancias sucedía aquello, pues era tan infrecuente que ni siquiera existía bibliografía clínica suficientemente documentada. Dentro de mí, quién sabe por qué razón, algún tipo de cortocircuito genético había provocado una suerte de retroceso, como si las células hubieran olvidado lo aprendido durante siglos de evolución para la mejora de la especie. Se trataba de una vuelta a esa época en la que los hombres eran seres frágiles e imperfectos, criaturas cuya primer aliento vital dependía del correcto funcionamiento del más vulnerable de los órganos.

—La verdad es que sabemos poco sobre la mecánica del corazón —añadió—, y tampoco es una cuestión que interese demasiado hoy en día, a excepción de algunos especialistas en Arqueomedicina.

Me ofreció la posibilidad de interrumpir el embarazo; dadas las circunstancias, parecía la opción más razonable, pues ese niño con corazón representaría un lastre, tanto para nosotros, padres, como para la sociedad en su conjunto. Mi marido asentía al escuchar las palabras del médico, y después me miró con expresión grave, esperando mi reacción. Curiosamente, sentí algo parecido a una corriente de electricidad sacudiéndome las vértebras y yo misma me sorprendí al oírme decir que no, que continuaría adelante con la gestación. Me llevé una mano al vientre y se me ocurrió pensar que, en ese momento, un pequeño corazón también latía dentro de mí. Acaso fue ese el primer brote de lo que se desencadenaría después.

El niño nació sin problemas. Se lo llevaron enseguida para examinarlo, como es habitual, y a todos les extrañó que solicitara que me dejaran verlo y sostenerlo en brazos. La verdad es que ignoro de dónde me salió esa urgencia, pues sabía muy bien que los bebés deben pasar siempre los primeros tres días en el Laboratorio de Exploración, pero el equipo médico consideró que nuestro caso era especial, y accedieron a traérmelo. Una enfermera lo depositó entre mis brazos y de inmediato percibí la calidez que emanaba de su piel. De alguna manera, su cuerpo, tal vez por la actividad infatigable que se desarrollaba bajo su pecho, tenía una temperatura ligeramente superior a la normal. También me fijé en sus mejillas cárdenas y en sus labios, de una tonalidad más cercana al rojo que al habitual púrpura; sus uñas eran extrañamente rosadas y las plantas de los pies presentaban el mismo aspecto que las de los angelotes en los cuadros antiguos. Sin duda, era un niño distinto. Pero lo más asombroso era posar la palma de la mano sobre su pequeño tórax y sentir las palpitations constantes de ese corazón agitándose en su interior, como un compás rotundo y misterioso que cobijara el secreto indescifrable de la vida. Sin saber por qué, al sentir esa vibración bajo la mano, no pude evitar el impulso de apretar a aquella criatura contra mi pecho. Y permanecí así mucho rato, estrechando al niño entre mis brazos, hasta que mi marido entró en la habitación y se me quedó mirando con extrañeza, incluso con algo de reproche.

Desde entonces, me acostumbré a repetir ese gesto, el de abrazar a mi hijo a escondidas. Sabía, porque lo había leído en los manuales, que los padres deben evitar en lo posible los contactos innecesarios con la piel de los recién nacidos, por ser la mejor manera de evitar la transmisión de gérmenes. También sabía que mi actitud se consideraba socialmente inadecuada, más propia de animales que de seres humanos racionales. Sin embargo, a mí me gustaba arropar a mi hijo y acunarlo entre mis brazos, y sentir la calidez de su piel en la mía.

El bebé se desarrollaba con aparente normalidad. Tomaba sus biberones a las horas correspondientes y tenía un patrón de sueño regular. Más tarde, sus destrezas motoras fueron iguales a las de cualquier otro niño, y cuando cumplió un año podía andar como los

demás. Tan sólo el tono sonrosado de su piel delataba la singularidad que habitaba en su interior. Los otros niños, y sobre todo sus madres, acusaban esa singularidad cuando lo llevaba a los cursillos de Preeducación Cívica. Me daba cuenta de que se le quedaban mirando, acaso con rechazo, y que se esforzaban por que sus hijos se sentaran en un lugar lo más alejado posible de él. Así que pronto dejé de tener ganas de llevarlo a esos grupos; en su lugar, pasábamos la mañana en casa y dibujábamos sobre cartulinas coloreadas rayas y palotes rudimentarios o probábamos la textura de la lana del costurero, de la harina en la cocina, del jabón en el baño. Actividades sin sentido y sin finalidad concreta que no sé por qué se me ocurría emprender, pero me parecía que a él le entretenían, aunque era consciente de que no propiciarían su desarrollo armónico como las clases de Preeducación. Sin embargo, cada vez me importaba menos. Mi marido me echaba en cara el que no estaba proporcionando al niño los parámetros esenciales para su crecimiento equilibrado, y puede que tuviera razón, pero a mí me gustaba pasar el tiempo con él, ensuciándonos las manos con los juegos de una manera escandalosa, alborotando la tranquilidad del vecindario con nuestras voces cuando inventábamos canciones sin melodía, adornando las paredes impolutas del apartamento con el producto de nuestro caótico arte de palotes de colores. Pero un día ocurrió algo que me asustó.

Mi hijo, al igual que los niños sin corazón, balbuceaba sílabas, emitía gorjeos e incluso, de recién nacido, berreaba con energía cuando tenía hambre o sueño. En definitiva, interactuaba con el medio de manera ordenada, como explicaban los libros sobre comportamiento social, sin que yo hubiera percibido nada anómalo, lo cual me tranquilizaba, pues significaba que, en contra de lo que habían vaticinado algunos doctores, su malformación física no afectaba en absoluto a su desarrollo psíquico e intelectual. Cuando jugábamos, subrayaba sus logros con exclamaciones de alborozo, y el día que confeccionamos juntos un muñeco de tela relleno de guata, mi hijo se dirigió a él con barboteantes grititos, que enseguida adquirieron la sonoridad imperiosa del nombre que decidió otorgar a su nuevo amigo: «Pi-po». Yo dejaba que Pipo custodiara su sueño por las noches, acurrucado junto a él en la cuna y que, durante el día, le acompañara a todas

partes; lo llevaba agarrado de la mano y arrastraba su cuerpo lánguido por la alfombra, como si fuera el paje más fiel de su séquito. A veces lo abrazaba y acercaba la cabeza del muñeco a su mejilla, supongo que reproduciendo de manera instintiva el modo en el que yo misma lo había estrechado a él en mis brazos desde que era un bebé. Mi marido censuraba la dependencia de nuestro hijo respecto de un muñeco inanimado, pues todo el mundo sabe lo desaconsejable que es estimular la fantasía infantil mediante universos ficticios, pero a mí me parecía que, puesto que el niño era distinto, también tenía derecho a divertirse de manera distinta. Una mañana, sin embargo, Pipo amaneció malherido. Las costuras de su cuerpo endeble habían reventado durante la noche, tal vez por los abrazos efusivos de mi hijo, y la guata asomaba por el cuello y la tripa, como las entrañas de un soldado alcanzado por la metralla. Quise retirar el muñeco de la cuna para coserlo rápido antes de que mi hijo despertara, pero él tenía los ojos abiertos y ya lo había visto. Me di cuenta de que la expresión de su rostro, normalmente sereno, cambió de golpe, como si una mano invisible tirara de sus labios, que se curvaron hacia abajo y comenzaron a temblar. Y entonces ocurrió algo inusitado: de sus ojos, súbitamente húmedos, salieron dos gotas de agua gemelas que rodaron mejilla abajo. Y a ellas siguieron otras y otras y otras más, como si los ojos se le hubieran convertido en un manantial. Me asusté, porque no sabía lo que era aquello; las expansiones de mi hijo, hasta entonces, se habían limitado a esporádicas contracciones de los músculos faciales cuando berreaba pidiendo comida, pero yo nunca había visto que ello le provocara esa humedad ocular. Traté de limpiar su rostro torpemente con la sabanita y examiné aquel agua que fluía sin cesar, y hasta probé su gusto: tenía un sabor salado. Saqué al niño de la cuna y lo mantuve abrazado hasta que se calmó y se secaron sus ojos. Pero por primera vez fui consciente de que aquella tara fisiológica con la que había nacido mi hijo podría acarrearle desórdenes de naturaleza insospechada, cuyas consecuencias ni siquiera podía prever. Resolví buscar ayuda.

Conocí al doctor Riquelme después de internarme como un espeleólogo en la enmarañada burocracia de la investigación académica. Su especialidad era la Arqueomedicina, de la que ya me había hablado el médico que diagnosticó la malformación

de mi hijo. Tras algunas indagaciones, había llegado a la conclusión de que el doctor Riquelme era una de las pocas personas que parecía conocer el funcionamiento de un corazón. Lo llamé por teléfono exponiéndole brevemente mi situación y concerté una cita con él. Al abrir la puerta de su minúsculo despacho, en el último piso del Instituto de Control de Desviaciones, me encontré frente a un hombre corpulento, de cabello entrecano y nariz prominente.

—Es una cuestión que ya apenas despierta interés —me dijo, tras invitarme a tomar asiento al otro lado de su escritorio, abarrotado de carpetas, libros apilados y sobres de correspondencia. Me extrañó el desorden que reinaba en aquella habitación, la acumulación anárquica de bártulos en los rincones y la disposición tumultuosa de los objetos.

Le expliqué con detalle la malformación de mi hijo, la peculiaridad de su aspecto rubicundo, la aparente normalidad de su desarrollo hasta aquel día en el que había visto brotar agua de sus ojos. No le hablé de los juegos, ni de ese impulso incontrolado que me llevaba a abrazarlo sin saber por qué, ni tampoco mencioné el hecho de haber apartado al niño de las clases de Preeducación Cívica. Me di cuenta de que comenzaba a levantar una barrera que me aislaba, junto con mi hijo, del resto del mundo, como si fuéramos dos proscritos de la realidad. Al doctor Riquelme, sin embargo, no pareció sorprenderle nada de lo que le contaba.

—Esas gotas de agua en los ojos de su hijo tienen un nombre científico —dijo, frotándose el mentón—. Se trata de lágrimas. La secreción lagrimal cumplía una función metabólica y óptica, que nuestra constitución biológica hoy en día ya ha superado. Pero es que además las lágrimas representaban una manera de exteriorizar las llamadas emociones. Algo así como su lenguaje silencioso.

—¿Las emociones? —pregunté, pues nunca antes había oído ese término.

—Se cree que los individuos con corazón experimentaban fenómenos psicofisiológicos de adaptación al entorno que recibían el nombre de emoción. No sabemos con exactitud cómo ni dónde se originaban estos fenómenos, pero el hecho de que hayan

desaparecido en el ser humano actual nos lleva a asociarlos con la presencia del corazón en el cuerpo. Pensamos que, de alguna forma, debían de estar relacionados.

—¿Quiere usted decir que mi hijo experimentó una emoción cuando vio su muñeco roto?

—Eso es. Probablemente experimentó tristeza, y esas lágrimas que brotaron fueron la manifestación secretomotora de algo que ocurría en su interior, y que para nosotros es difícil de entender.

El doctor Riquelme me habló de ese universo emocional del que estaban dotados los seres humanos primitivos. Al parecer, la más poderosa de las emociones era el amor. Pero el amor por entonces, según me explicó el doctor, no era, como hoy, una civilizada manera de intercambiar calor y placer entre adultos responsables, sino que se concebía como una especie de locura que afectaba a la disposición del individuo y lo llevaba a establecer prioridades de manera absolutamente irracional.

—Tal vez la especie percibió que se perpetuaría de manera más eficaz si lograba no atender a la imposición de las emociones, y la supresión del corazón fue el resultado de un largo proceso biológico encaminado a liberar al individuo del yugo de los sentimientos. Se trata tan sólo de una teoría, claro está; es más, yo tengo al respecto mis propias hipótesis.

El doctor Riquelme me facilitó algunos artículos que examiné al volver a casa. Me sorprendió descubrir la vulnerabilidad del corazón, que, al parecer, podía dejar de latir de un día para otro, originando la muerte fulminante en altísimos porcentajes de la población. Pensé que la propia existencia, siempre al filo de los caprichosos designios de una víscera palpitante, debía de adquirir un matiz distinto para aquellos seres que nos habían precedido en la evolución. Hoy en día somos capaces de predecir con exactitud la duración programada desde el nacimiento por nuestros códigos genéticos, y la aleatoriedad de sufrir un accidente, cuyos riesgos hemos aprendido a prevenir y remediar de manera casi infalible, apenas nos afecta ya. Desconocemos esa sensación de precariedad que supongo impregnaba la vida de nuestros antecesores. Qué terrible debía resultar esa ignorancia, qué extraña esa imposibilidad de controlar el destino.

Los artículos del doctor Riquelme mencionaban cómo el lenguaje de la antigüedad ratificaba esa teoría de que en el corazón se localizaban las emociones. Resultaba curioso, por ejemplo, leer algunas expresiones: “partir el corazón” aludía directamente a la tristeza. “Encogerse el corazón” no denotaba ningún problema de orden fisiológico, por empequeñecimiento de la víscera, sino que significaba inquietud, susto, también tristeza. “Tener un peso en el corazón” era una complicada manera de designar la preocupación. La locución “con el corazón en la mano” me hizo sospechar prácticas de extirpación o, quién sabe, de sacrificio ritual; sin embargo, parece que aludía a la sinceridad. Algo similar ocurría en la expresión “con el corazón en un puño”, que designaba, curiosamente, angustia y que, además, me dio una idea aproximada del tamaño y morfología de ese órgano. Fui incapaz de averiguar cómo traducir “hacer de tripas corazón”, aunque, a esas alturas, intuía ya que no significaba nada tan repugnante como lo que parecía a simple vista. Por último, no me sorprendió descubrir que “llevar a alguien en el corazón” era una manera de referirse a la emoción del amor, tal y como era entendida por entonces.

El doctor Riquelme, con sus estanterías abarrotadas de desorden y su interés por una disciplina que se ocupaba de indagar lo extinguido, me había parecido una persona singular. En nuestros siguientes encuentros me explicó el funcionamiento de ese órgano misterioso que latía dentro de mi hijo, con su extraño juego de cavidades, válvulas y compuertas, que se abrían y cerraban con prodigiosa sincronización, como si respondieran a uno de nuestros complejos y minuciosos programas de Activación Orgánica Dirigida.

—Lo extraordinario —añadió el doctor Riquelme bajando la voz— es que todo eso ocurre en el corazón de su hijo sin intervención exterior alguna. Responde a las instrucciones impresas en un código genético que se extinguió hace mucho tiempo.

—Pero ese código, ¿de dónde sale entonces? —pregunté.

—Fue usted quien se lo transmitió —contestó él señalándome con el índice—. Usted, ni más ni menos.

Para entonces yo ya me había hecho varias veces la pregunta de por qué la fatalidad biológica había señalado a mi hijo convirtiéndolo en un ser distinto, malformado, acaso en

un ser inferior, según insinuaba con frecuencia mi marido. Sin embargo, nunca hasta ese momento se me había ocurrido considerarme responsable por ello. Lo que en realidad me inquietaba, tras haber leído los manuales que me prestó el doctor Riquelme, era si la vida de mi hijo, pendiente de un órgano vulnerable que en teoría podría dejar de latir de un momento a otro, estaba expuesta a la misma precariedad que la de los seres humanos primitivos. Cuando traté de explicarle esa inquietud a mi marido, él me contestó que, al fin y al cabo, el no conocer cuándo llegaría el Momento Final en el caso de nuestro hijo no cambiaba nada. Si ello ocurría, engendraríamos otro bebé que lo sustituyera y —añadió después— con un poco de suerte esta vez nacería sin malformación alguna. Y recuerdo que me miró como si, efectivamente, esa circunstancia dependiera de mí, como si yo hubiera tenido algo que ver en el hecho de que nuestro hijo naciera con corazón.

Sentada en el despacho del doctor Riquelme, trataba de atender a sus explicaciones, pero no lograba desterrar de mi mente esa pregunta que me quemaba los labios desde hacía algún tiempo.

—¿Y si el corazón del niño dejara de latir? —aventuré por fin—. ¿Qué pasaría?

El doctor asintió con la cabeza, como si llevara tiempo esperando esa pregunta.

—Le diré algo —contestó—: le hablé de la teoría que relaciona el corazón con las emociones, la sospecha de que la evolución habría logrado prescindir de ese órgano para liberar al individuo de la dependencia emocional.

Con un gesto confirmé que recordaba sus palabras.

—Yo voy más lejos en mis hipótesis —prosiguió—. Yo pienso que la eliminación del corazón respondió además a un mecanismo de defensa de la especie humana, incapaz de soportar la incertidumbre que conllevaba el acecho constante de una muerte, pues así se llamaba por entonces al Momento Final, que podía sobrevenir en cualquier instante, de golpe, como un hachazo inesperado. Sabemos que hubo una época remota en la que las tasas de mortalidad por trastornos cardiovasculares alcanzaron cotas desorbitadas; ignoramos por qué. Acaso por factores de estrés ambiental, por el modo de vida desordenado, ansioso, que imperaba por entonces en la sociedad. El caso es que el género humano se

vio obligado a evolucionar para superar su propia debilidad, y el resultado es lo que ahora somos. Sin embargo...

El doctor Riquelme hizo una pausa, como si de pronto no encontrara las palabras adecuadas para expresarse.

—Sin embargo —prosiguió en voz muy baja—, a veces me asalta la duda de si no habremos salido perdiendo con el cambio.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Piense en las lágrimas que vio en los ojos de su hijo. Piense, si es que puede imaginarlo, en lo que él es capaz de experimentar. Piense en el orden que rige nuestra vida actual, domesticada, programada desde el nacimiento hasta el Momento Final y trate de concebir, por un instante, un mundo diferente, un mundo gobernado por la imprevisibilidad. Un mundo en el que el hombre era libre para elegir el caos, el desatino.

Recordé los juegos con mi hijo, la seducción de las manos embadurnadas de harina, el alboroto de nuestras canciones. Me pregunté si el doctor se refería a eso.

—Mire mi despacho —extendió el brazo con la palma abierta, señalando en derredor—. A veces desordeno a propósito mis libros y mis carpetas, para engañarme con la ilusión de que soy capaz de nadar contra corriente. Pero no me servirá de nada: terminaré engullido por las oscuras galerías de este Instituto en espera de mi Momento Final. ¿Y sabe lo que se me ocurre? Que el caso de su hijo podría ser el primer eslabón de un nuevo movimiento de rebelión de la especie, que ahora acabaría de empezar. El hombre sin corazón ha percibido la vacuidad de una existencia en la que no hay lugar para las desviaciones ni la incertidumbre. Tampoco para las emociones. Su hijo sería el primer hombre de la nueva especie. A menos que...

—¿A menos que qué?

El doctor se inclinó hacia mí a través de la mesa, como si quisiera hacerme una confidencia.

—A menos que usted decida convertir a su hijo en un ser normal.

Pestañeé sin saber a qué se refería. ¿Existía la posibilidad de curación para mi hijo? Nadie me había dicho nada al respecto.

—Le confesaré que estimo posible someter a su hijo a una operación de extirpación de corazón que lo devolvería a la normalidad, si es ése su deseo. Conozco a la perfección la mecánica cardiovascular y no me costaría obtener el apoyo del Instituto para acometer la intervención. Al fin y al cabo, como sabe, en realidad aquí nos dedicamos a eso, al control de las desviaciones.

—¿Quiere decir que mi hijo puede ser curado? ¿Que dejaría de ser vulnerable?

—Dejaría de ser un niño enfermo. Y no lo olvide: es casi seguro que también dejaría de ser un niño capaz de secretar lágrimas, con todo lo que eso conlleva, como le he explicado.

—Pero su vida ya no dependería de los latidos de su corazón.

—Así es.

Volví a experimentar aquella sacudida en las vértebras, a la que todavía era incapaz de otorgar un nombre. La revelación del doctor me impedía pensar ordenadamente; en ese momento sólo deseaba regresar a casa y sentir la piel tibia de mi hijo contra la mía.

—Deberá usted decidir lo que desea para el niño —me dijo al despedirse—. El latido intenso y fugaz o la férrea y disciplinada certeza. No hace falta que le diga que yo sé muy bien lo que elegiría. Pero, claro, yo no soy su madre.

A mi marido tuve que hablarle de la posibilidad que me había ofrecido el doctor Riquelme: operar al niño y curarlo para siempre. Él nada sabía acerca de las lágrimas de nuestro hijo, y yo, por instinto, pensé que era mejor que continuara ignorándolo todo sobre el universo de las emociones. Por eso, tampoco pude confesarle que algo dentro de mí se rebelaba contra la idea de aniquilar aquello que, a mis ojos, lo convertía en un ser excepcional: su capacidad de llorar. Sabía que mi pensamiento era censurable, pero sentía que, al arrebatarle las lágrimas, estaríamos privando a la humanidad de una oportunidad de... ¿de qué exactamente?, me preguntaba, ¿de volver a aquellos tiempos remotos de caos impredecible, de incertidumbre existencial? No, me aleccionaba en silencio, la

naturaleza es sabia y el afán evolutivo había tenido una razón de ser, no debía dejarme convencer por las extrañas teorías del doctor Riquelme. Lo de mi hijo era un hecho aislado, una mutación aleatoria que respondía a un impulso ciego. Una aguja en el pajar de la evolución, destinada a no volver a encontrarse jamás. Al extirpar el corazón de mi hijo, lo libraríamos de esa amenaza permanente de muerte —pues así es como debía llamarse— con la que cada vez me resultaba más difícil convivir. Sometería a mi hijo a esa operación. Lo devolvería a la normalidad.

Un equipo de médicos del Instituto de Control de Desviaciones se reunió para evaluar el caso. Como había previsto el doctor Riquelme, se decidió que la curación de mi hijo resultaría beneficiosa para la sociedad y se despacharon las órdenes pertinentes para la adjudicación de fondos al programa. También se incluyó una recomendación de la Intendencia de Planificación Familiar, con un permiso excepcional para que mi marido y yo engendráramos otro hijo en caso de que un Momento Final Sobvenido ocurriera durante la operación. Al leer aquello, guiada por un impulso ingobernable, rasgué el papel y arrojé los restos a la basura, sintiendo un calor desconocido en las mejillas. Mi marido me miró en silencio y no hizo ningún comentario. Poco tiempo después solicitó de la propia Intendencia una Interrupción Definitiva de Convivencia, a la que yo no me opuse, ya que accedió a que el niño quedara exclusivamente a mi cuidado.

Cuando llegó la fecha de la operación de mi hijo, hacía ya tiempo que había aprendido a catalogar todos los síntomas que había descubierto en mí durante casi dos años: aquella sacudida en las vértebras, el calor en las mejillas, las reacciones de mi piel al contacto con la de mi hijo, esa manera de sentir la garganta como rellena de algodones cuando posaba la mano sobre el delicado cuerpecito de mi hijo y percibía el tenue y renovado jadeo de su palpitante corazón.

El doctor Riquelme me permitió acompañar al niño, que yacía adormecido en la camilla, hasta la misma puerta del quirófano. Me saludó desde la mesa de operaciones inclinando la cabeza en un ademán mudo, sus ojos me transmitían un mensaje cifrado por encima de la mascarilla, que ya le cubría la boca. Solté la mano del niño y lo vi alejarse

rodando sobre el suelo de espejo, como un diminuto velero navegando rumbo a un puerto ignoto. Fue entonces cuando sentí ese aleteo a la altura del pecho, una sutil palpitación ingravida, como si algo pugnara por germinar dentro de mí, algo frágil y a un tiempo poderoso, que ni la más especializada de las cirugías sería capaz de detener. La puerta del quirófano se cerró con un chasquido rotundo y mecánico, y me encaminé hacia la sala de espera. Noté cómo unas suaves convulsiones musculares comenzaban a agitarme los labios y, en los ojos, el presagio de una humedad cuyo nombre ya conocía. Saqué un pañuelo del bolso y enjuagué con disimulo mi primera lágrima.